

de Damme, Felipe Augusto, cogido de violenta ira, había abandonado el sitio de Gante, corrido á Damme, y cayendo sobre los sitiadores, había arrojado al mar ingleses y flamencos después de haber prendido á algunos y hecho asesinar á otros. Fernando había tenido solamente el tiempo de escapar con Renato y Salisbury á la isla de Walcheren. Felipe se había vengado; pero desesperando de conservar los barcos que le quedaban, ordenó que se incendiaran, prendió fuego igualmente á las casas de Damme y regresó á París (30 de mayo de 1213).

¿Por qué destruir de esta manera los restos de su flota? Supone Guillermo *el Bretón* que Felipe dirigió estas palabras á sus consejeros más íntimos: «Vuestra sabiduría conoce bien los móviles que me llevaron á visitar las playas de Inglaterra, y os consta bien que no corrí á tamaña empresa por interés alguno de vanagloria ó de regocijo mundano. Me impulsaban únicamente el celo y amor divinos, y era todo mi intento prestar mi concurso á la causa de la Iglesia oprimida. Ahora, y ya que á la sola vista y temor de mi ejército Juan ha depuesto sus armas á los romanos, ya que ha dado satisfacción, según dice Pandolfo, al clero desde hace tiempo desterrado en nuestros reinos, puede decirse que más favorable fortuna rige para la Iglesia el estado de las cosas y que me conviene por lo mismo modificar nuestros proyectos. Los perjuicios que me has causado destruyendo mis barcos, ¡oh Fernando!, me los pagará la villa de Brujas. Sesenta de sus burgueses, los más ilustres entre los que han luchado y que están prisioneros en mi poder, me entregarán 60.000 marcos de plata: y los que, viéndose perdida, me entregó desarmados la villa de Ipres, me harán presente del mismo, pero en plata. Como nos sería difícil servirnos del resto de la flota, dado que los ingleses han tomado todos los caminos del puerto y del mar y que nuestros franceses desconocen algo las vías del Océano, ordeno que todos esos barcos, descargados de su contenido previamente, sean reducidos á cenizas. Casi todo Flandes se ha rendido ya á nuestra espada y lo que falta podemos conquistarlo fácilmente.» Discurso éste en que va tejido lo verdadero con lo falso, pero donde se ve claramente que Felipe, obligado á renunciar á sus pretensiones sobre Inglaterra, vuelve á concentrar sobre Flandes sus esfuerzos.

Era Flandes más fácil de tomar que de conservar. Al marcharse (junio de 1213) había Felipe dotado de guarnición Lilla y Douai y dejaba á su hijo Luis, el príncipe real, el encargo de defender la tierra conquistada. Pero los ingleses eran dueños del mar: podían de un momento á otro ocupar las costas. Fernando, á pesar de su derrota en Damme, sostenido no solamente por la flota inglesa, sino por sus vecinos los de Holanda y Baja Lorena, volvió á la lucha y tuvo bien pronto ocasión de reconquistar Gante, Brujas, Ipres y toda la parte septentrional de Flandes. La guerra continuó durante el invierno de 1213 y la primavera de 1214, pero sin combatir y alimentada sólo de incendios y pillajes. Flamencos y franceses devastaban el país evitando los encuentros. Courtrai, Nieuport, Steenvorde, Bailleul, Hazebrouck y Cassel fueron pasto de las llamas ó destruidas por los soldados de Felipe Augusto. En Bailleul, Luis de Francia y los suyos estuvieron á pique de morir abrasados: no sabían cómo salir de la ciudad que ardía.

Renato y Fernando se vengaron, haciendo incursiones en el Artois, feudo del rey de Francia. Renato sitió á Calais. Fernando devastó al país de Aire, Guines y llegó á incendiar los caseríos de Arras. Los flamencos á su vez tomaban la ofensiva.

Los de Lilla eran entonces flamencos de corazón, y mientras que sus vecinos los de Douai se sometieron sin resistencia al yugo de Felipe Augusto, ellos no quisieron ceder sino después de un sitio, aunque, á la verdad, muy breve. El rey de Francia hizo construir, para tenerles en seguridad, la ciudadela de Deregnaul en tal emplazamiento que su guarnición podía comunicar con la ciudad y con el campo. En la propia ciudad dejó buen golpe de caballeros. Pronto apareció Fernando ante la plaza. Los burgueses, obligados á ello por la guarnición, tomaron parte en la defensa. Felipe, engañado acerca de sus sentimientos, les entregó sus rehenes y retiró parte de la guarnición. Cuando volvió á aparecer Fernando, le fueron abiertas las puertas en medio de la noche, y los franceses tuvieron apenas tiempo de encerrarse en la ciudadela.

Felipe Augusto volvió á tomar el camino del Norte rápidamente. A su llegada próxima, Fernando evacuó la villa: muchos de los habitantes se retiraron con sus mujeres, sus hijos y sus riquezas á Courtrai; los que quedaban se refugiaron en las iglesias; nada se oponía de consiguiente á la entrada del rey de Francia, pero éste quiso hacer un escarmiento. La ciudad, con sus construcciones de barro y argamasa, fué entregada á las llamas, las fortificaciones arrasadas, los fosos cegados y la propia ciudadela de Deregnaul demolida: no quedó piedra sobre piedra. Los castellanos que no murieron fueron transportados y vendidos como siervos. «El rey Felipe quería, dice el autor de la *Filippida*, que no quedara en aquellos contornos sitio alguno en adelante habitable para las gentes de Flandes.» Esta venganza fué sonada, pero sólo sirvió para excitar la animosidad de los flamencos.

A la larga la coalición llevaba la ventaja. De todas sus conquistas en Flandes, Felipe tan sólo conservaba Douai y Cassel, mientras el príncipe Luis apenas si se bastaba para proteger el Artois. Fernando había reconquistado su feudo y aún se sentía con fuerzas para mantener al mismo tiempo guerra con el duque de Brabante, Enrique, aliado de los franceses. Hizo libremente uso de los recursos que Juan *Sin Tierra* había puesto á su disposición. Los envíos de hombres y dinero desde Londres se sucedían casi sin interrupción. Pero el Plantagenet quiere resarcirse de tan grandes sacrificios. Desea reconquistar sus provincias. Es necesario que la liga haga un esfuerzo supremo y que Felipe, atacado por diversos sitios á la vez, sea abrumado por el número. La casa de los Capetos volverá á reducirse á sus antiguos límites y, en último término, desaparecerá.

El plan de ataque consistía en coger á Felipe Augusto entre dos ejércitos invasores (1). Mientras los im-

(1) Scheffer-Boichorst, en su importante memoria sobre *Philippe-Auguste et l'Allemagne*, supone que el plan de guerra fué presentado y admitido por primera vez en Cantorbery, cuando el conde Fernando, en enero de 1214, vino á rendir homenaje á Juan *Sin Tierra*. Winkelmann, historiador de Otón de Brunswick, piensa que el proyecto del doble ataque simultáneo fué concebido

periales, los de Lorena, los flamencos y los mercenarios cedidos al conde de Flandes por Inglaterra entrarían por el Norte en tierra de los Capetos, Juan, después de desembarcar en el Poitou y de juntar las fuerzas de Anjou y Aquitania, debía atravesar el Loira y marchar sobre París por el Sudoeste. Pero el rey de Inglaterra sabía que necesitaba tiempo para restablecer su dominio en el Poitou y que los alemanes eran difíciles de poner en movimiento. Debía contar con los inevitables retrasos, con el imprevisto y con la dificultad de hacer que coincidieran los movimientos de las masas de hombres llamados de tan diferentes sitios. Según toda probabilidad, Juan *Sin Tierra* no creía que la marcha combinada de los ejércitos de la coalición sobre París no podría realizarse antes del mes de junio ó julio del 1214. La dificultad estaba en mantener entre los sitiadores una continua correspondencia y en asegurar la unidad de dirección.

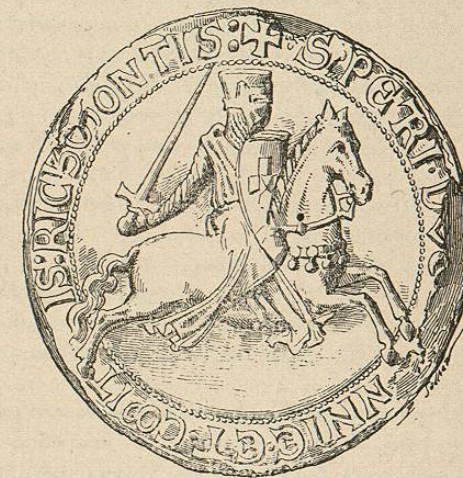
La empresa que Juan *Sin Tierra* debía llevar á cabo antes de unirse á los coligados era, en efecto, muy comprometida: reconstituir la dominación inglesa en los países del Mediodía del Loira; asegurarse los castillos y ciudades que desde la Rochela hasta más allá de Angers se encontraban en su camino y debían, en caso de desgracia, proteger su retirada, y anular los resultados que había logrado en el Poitou la diplomacia de Felipe Augusto con una labor de años.

Dinero, tierras, privilegios, promesas, nada había escatimado Felipe para lograr la sumisión y afecto de sus súbditos aquitanos. En 1212 tomó á su sueldo á Savari de Mauleón, uno de los más inquietos aventureros del país, y compró el homenaje del vizconde de Turena, del conde de Perigord y del castellano de Hautefort, hijo del trovador Bertrán de Born. En 1213, un gran señor del Berri, Guillermo de Chauvigni, se hace su vasallo, y la ciudad de Limoges se coloca bajo la protección de los franceses. La familia de los Lusignán, propietaria del condado de la Marche, del condado de Eu y de los mejores castillos del Poitou, se declara enemiga de los ingleses. Desde 1210 es ocupada la Auvernia por los soldados del rey de Francia, á quienes había llamado el obispo de Clermont para que le protegieran contra el conde Guido, amigo de Juan *Sin Tierra*. Riom, Tournel y casi todo el país auvernés reconocía la dominación de los Capetos, y la conquista tocaba ya á su término, á pesar de los llamamientos de Guido de Auvernia á su aliado de Inglaterra. Los franceses son dueños del valle medio del Loira, por los castillos de Loches y Chinón. Guillermo des Roches y su yerno Amauri de Craón, colmados de beneficios por Felipe Augusto, se encargan de defender la Turena, el Moine y Anjou. Para proteger Angers, ciudad abierta, y cerrar al invasor el camino de París, construyen sobre la orilla derecha del Loira la fortaleza de la Roche-au-Moine.

muchos meses antes, en el verano de 1213, cuando la invasión primera de los franceses en Flandes. Entonces, cuando el hermano del rey Juan, conde de Salisbury, Guillermo *Larga Espada*, en 25 de julio vino á Alemania á conferenciar con Otón IV, y luego en septiembre con Fernando, á quien traía hombres y dinero, debió hacerse por primera vez el plan. Esta última opinión, apoyada en un pasaje de Wendover, nos parece tanto más razonable cuanto que la hacen suponer los anuncios que de su próximo desembarco hizo Juan *Sin Tierra* á sus aliados de Francia meridional en los meses de agosto y septiembre de 1213.

Finalmente, las bocas del río Ancenis, Nantes y toda la Bretaña pertenecen á los partidarios de Francia. Felipe Augusto, no habiendo podido anexionarse directamente toda la Bretaña, había dado á los bretones, desde 1212, un Capeto de la rama de Dreux, Pedro, que sabrá mantenerles en su mano.

Sin embargo, Juan, que conocía bien el carácter caprichoso de los nobles en esta región, creía que su presencia, el dinero y algunos éxitos militares bastarían para cambiar rápidamente la faz de las cosas. Por lo demás, nunca había perdido de vista la Aquitania. La Saintonge le permanecía fiel. Los comerciantes de la Rochela y de Burdeos tenían demasiado interés en no romper con Inglaterra. En el mismo Poitou podía contar, por lo menos, con el vizconde de Thouars, un ami-



Sello de Pedro de Bretaña

go, á quien tenía al corriente de las negociaciones tratadas con Renato de Boulogne y el emperador Otón. «Pienso enviaros, le escribía, á vos y á vuestros aliados, tan considerables refuerzos que no podéis creerlo hasta que los veáis.» Anuncia su desembarco próximo á Raimundo de Tolosa y á Guido de Auvernia (agosto de 1213). Excúsase de verse obligado á retardarlo un poco todavía. «Después de la Pentecostés, había venido á las orillas de la Mancha, con mis tropas y una flota numerosa, para moverme en vuestro auxilio; pero el estado del mar y de los vientos me forzarán á pasar aquí el invierno. Por lo menos me veréis á vuestro lado en la primavera, con todas mis tropas, y vosotros y mis otros amigos recibiréis entonces plena satisfacción.» En la espera, envía emisarios á que organicen la próxima lucha, mientras derraman por todas partes algunas libras esterlinas: «Os entregarán dinero de parte nuestra, escribe á Guido de Auvernia, y se os dará mucho más todavía con el tiempo: no podemos ni debemos faltar á nuestro deseo y compromiso de ayudaros.» Con igual especie de argumentos trata de ganarse nuevamente á su antiguo senescal Savari de Mauleón. Le anuncia que sus agentes se verán con él para tratar de intereses comunes á los dos: «Hemos oído decir que os arrepentáis de haber dejado nuestro servicio, cediendo á una maligna sugestión, y nos gozamos grandemente de ello (22 de agosto de 1213).

El primero de febrero de 1214 Juan anuncia en Portsmouth á todos sus barones que va á darse á la mar.

Pone su dominio insular bajo la salvaguardia del Papa y de su legado. Ya que Inocencio III se ha constituido en su soberano, á la Iglesia toca protegerle. El 16 de febrero desembarca en la Rochela. Desde esta ciudad, elegida como centro de operaciones, recorre sucesivamente la Saintonge, el Poitou occidental, el Angoumois y Limousin, para unir partidarios, recoger sumisiones y poner sobre las armas las fuerzas feudales. El 8 de marzo envía á Guillermo *el Mariscal*, uno de los regentes de Inglaterra, su primer boletín de victoria. «Apenas llegado, veintiséis castillos ó plazas fuertes me han abierto sus puertas, he tomado el torreón de Miles-cu y recibido la sumisión de Savari de Mauleón.»

No se vanagloriaba falsamente. Su presencia había producido el efecto previsto. Los nobles de Aquitania pasan del nuevo señor al antiguo como habían pasado del antiguo al nuevo. El vizconde de Limoges escribe al rey de Francia esta carta sencillísima: «Os había rendido homenaje por la defensa de mis tierras; pero el rey Juan, mi señor natural, se ha presentado en mi feudo con tales fuerzas que no he podido resistirle ni esperar vuestro socorro. He ido á su encuentro como su vasallo natural y le he jurado nuevamente fidelidad. Os notifico estas cosas para que sepáis que en adelante no podéis contar conmigo.» El propio conde de Nevers, un hombre colmado de beneficios por el rey de Francia, aprovechó la ocasión para concluir un tratado secreto con el rey de Inglaterra y entrar á formar parte de la liga.

Felipe no podía tolerar que Juan *Sin Tierra* prosiguiera en el país del Loira, la Charente y la Vendée esa caminata victoriosa. El movimiento estaba á punto de arrastrar á los señores de Bajo Anjou y de la Bretaña Nantesa. Entonces tentó un golpe de audacia (abril de 1214).

Mientras se le creía ocupado en poner en condiciones de defensa las plazas de Picardía, Ponthieu y Artois, se dirige al Sur, atraviesa el Sena y el Loira, deja Chinón y Loudún á su espalda, y llega á Châtellerault, desde donde envía una carta-privilegio á sus buenos burgueses del Poitiers. Sin duda quería, antes de que el ejército de Otón se hubiera unido al de los flamencos, cortar las comunicaciones de Juan con la Rochela, encerrarle en el Poitou y forzarle á batirse. Pero el rey de Inglaterra, que el 3 de abril estaba en Limoges, entra en Angulema el 5; desde aquí se dirige precipitadamente por Cognac á Saintes y se hunde luego en el Sur hasta Reole, adonde llega el 13; de modo que en caso necesario no tiene más que descender por el Garona para embarcarse en Burdeos. Felipe Augusto no podía perseguirle hasta allí. Guillermo *el Mariscal* compara este enemigo inabordable á «una culebra que huye sin dejar rastro.»

Obligado á volver á la Francia del Norte para hacer frente á la inminente invasión, incendia Felipe, al pasar, Bressuire, Thouars y Chollet, recibe en Saumur el juramento de fidelidad de buen golpe de señores angevinos, toma Berri y en Châteauroux dispone su plan de campaña contra la coalición. Mientras se dirigirá al Norte para combatir á flamencos y alemanes, que avanzan, su hijo el príncipe Luis, al que deja gran cuento de su caballería feudal, encerrado en Chinón sobre el Loira, vigilará los movimientos de Juan *Sin Tierra*, y secundado

por Guillermo des Roches en Angers y Pedro de Dreux en Nantes, impedirá á los ingleses atravesar el río y marchar sobre París.

Apenas abandona Felipe el Poitou, reaparece Juan *Sin Tierra*. Antes de pasar el Loira y de unirse con sus aliados, quiere vencer toda resistencia en Aquitania. Sólo faltaba someter á los Lusignán: el inglés les ataca. Godofredo de Lusignán y sus hijos Hugo, conde de la Marche, y Raúl, conde de Eu, acaban entregándose á discreción y jurándole fidelidad. Luis de Francia y sus caballeros intentan apoderarse de Moncontour, otro castillo de los Lusignán, pero Juan *Sin Tierra* les hace levantar el sitio. Para atraerse al conde de Marche, Juan *Sin Tierra* entregará su hija Juana al hijo mayor del conde. «Y ahora, dice Juan, ha llegado el momento, gracias á Dios, de abandonar el Poitou y de marchar contra nuestro capital enemigo el rey de Francia: *in capitalem inimicum nostrum regem francorum insurgamus.*»

Dirigióse hacia el Loira, pero la orilla bretona estaba defendida por Pedro Mauclerc y su hermano Roberto de Dreux: la orilla angevina por Guillermo des Roches y Amauri de Craon: Luis de Francia ocupa las villas de Chinón y Loches. Juan parece optar por una tentativa sobre Nantes, pero los franceses salen de la ciudad y le obligan á combatir. Entonces, resuelto á evitar toda acción decisiva, retrocede, pero hace prisionero á Roberto de Dreux, llevado harto lejos por un ardor imprudente. Se le expide á Inglaterra. Finalmente, Juan pasa el Loira en Ancenis, adonde llega el 14 de junio. Se apodera luego de Beaufort en Vallée y se presenta delante de Angers el 17. No teniendo murallas esta ciudad, los franceses se ven en la precisión de evacuarla. Juan se instala en ella y manda construir un muro que la rodee. Dos días después sitia Roche-au-Moine, el castillo construido por Guillermo des Roches á alguna distancia y por encima de Angers, posición que dominaba á la par el camino de Nantes y del Poitou marítimo. Antes de marchar sobre el Mans y luego sobre París era necesario tomar esta plaza, para asegurar la retirada en caso de desgracia. Comenzado en 19 de junio el sitio de la Roche-au-Moine, duraba todavía al cabo de quince días y la guarnición iba á recibir refuerzos.

Mientras tanto, el hijo de Felipe Augusto, acantonado en Chinón, había vacilado antes de habérselas con un enemigo tres veces superior á él. Sus 300 caballeros estaban sostenidos únicamente por 7.000 hombres de á pie, 2.000 de á caballo y 4.000 soldados de Guillermo des Roches. Por fin hizo pedir permiso á su padre para intentar la batalla. «Felipe le ordenó que marchara contra el rey de Inglaterra y le obligara, si podía, á levantar el sitio, porque él tenía que marchar á Flandes, al encuentro del emperador, que venía en auxilio del conde Fernando.» Luis abandonó Chinón en los últimos días de junio. Probablemente, según uso del tiempo, había hecho retar á Juan *Sin Tierra* y éste hubo de responderle: «Si vienes, nos encontrarás dispuestos á combatir: y cuanto antes vengas, antes te arrepentirás de haber venido.» Pero cuando el 2 de julio de 1214 Luis y los franceses, dirigidos, á sus órdenes, por el mariscal Enrique Clement, se acercaron á Roche-au-Moine, el ejército sitiador, abandonando máquinas de guerra, tiendas y bagajes, se batió en retirada en el más completo

de los desórdenes. Juan y sus barones se habían apresurado á atravesar el Loira en barcas: sus soldados lo atravesaron á nado á la desbandada, cargados de sus armas y ahogándose á centenares. Los franceses, cayendo sobre los fugitivos, hicieron gran número de prisioneros y recogieron enorme botín.

Esta derrota extraordinaria era en gran parte debida á la nobleza del Poitou, que se negó á afrontar los azares de un combate en regla. Arrastrado por la fuga general, Juan hizo diez y ocho millas á caballo sin parar. El 2 de julio estaba delante de Roche-au-Moine, el 4 se encontraba en Saint-Maixent, el 15 en la Rochela. Desde allí envió á sus súbditos de Inglaterra este volante significativo en que, sin hablar de la derrota, la hacía patente pidiendo socorro: «El rey á los condes, barones, caballeros y á todos sus fieles, salud. Sabed que estamos sano y salvo y que, por la gracia de Dios, todo es para nosotros prosperidad y alegría. Nos damos gracias á aquellos de entre vosotros que han enviado sus hombres á nuestro servicio para ayudarnos á defender y recobrar nuestros derechos. En cuanto á aquellos que no han tomado parte en nuestra campaña, Nos les rogamos con la más viva instancia, si tienen en algo nuestro honor, que vengán á unírseos sin dilación. Aquellos que por una causa cualquiera hubiesen incurrido en nuestra cólera podrán, por el solo hecho de su llegada aquí, considerarse absueltos.»

«Quería volver á comenzar la campaña contra el príncipe Luis, ó pasar de nuevo el Loira é intentar unirse á los confederados que ya comenzaban á agruparse á lo largo del Mosa? En resumidas cuentas no hizo nada, ni tan sólo intentó en ese mes de julio, durante el que tales hazañas se realizaron al Norte, inquietar al pequeño ejército francés del Loira. Algunos paseos militares á través de la Saintonge, Aunis, el Poitou y Angoumois, nuevos esfuerzos para separar de la causa francesa á algunos barones recalcitrantes, y helo aquí todo.

Por su parte el príncipe Luis no se encontraba con fuerzas suficientes para llevar á cabo la ruina del enemigo. Algunas demostraciones más allá del Loira le bastaron; una de ellas dirigida contra el vizconde de Thouars, cuyas tierras fueron arrasadas; otra contra los Lusignán, á los que tomó el castillo de Moncontour sin dejar de él piedra sobre piedra. Dióse entonces á volver á hacer entrar el Anjou bajo la férula real. El recinto de Angers, reconstruido por Juan *Sin Tierra*, fué nuevamente demolido y la ciudad volvió á ser lo que se había querido que fuese, una ciudad abierta que podían ocupar los franceses cuando se les antojara. Los nobles angevinos que se habían declarado por el Plantagenet fueron castigados en sus bienes ó en su libertad, y guarniciones francesas ocuparon todas las plazas del país que el propio Juan había fortificado. La dominación inglesa al Norte del Loira se había decididamente extinguido. Anjou volvía á ser «Tierra de Francia» con los mismos títulos que la Normandía. El poeta oficial Guillermo *el Bretón* celebró el triunfo de Luis en tonos líricos. La «Crónica Francesa» del *Anónimo de Béthune* dijo con más simplicidad que verdad: «Sabed que fué ésta hazaña de que quedó muy gozoso Felipe y por la que hubo en su hijo grande complacencia.»

La derrota de Juan *Sin Tierra* aniquilaba el plan de los aliados. Si el rey de Inglaterra hubiera salido triun-

fador de Roche-au-Moine, habría sido cogido Felipe entre dos fuegos. El rey de Francia recibió la buena nueva en el momento en que, acampado en Péronne, seguía los movimientos de la concentración sobre la frontera del Hainaut. En este punto crítico la victoria de Roche-au-Moine revestía tal importancia que la leyenda intervino rápidamente para desnaturalizarla. La imaginación popular supuso desde luego que Luis de Francia había librado una verdadera batalla, saliendo de ella victorioso en tanto grado como su padre en Bouvines. Afirmó en seguida que los dos combates habían tenido lugar el mismo día (1). Finalmente se dijo, un siglo después (2), que padre é hijo, victoriosos al mismo tiempo, se habían enviado un mensaje dándose recíprocamente cuenta de la victoria. Los dos correos, salidos el uno del Sur y el otro del Norte, se encontraron á medio camino, en los alrededores de Senlis, y habiéndose comunicado la gran nueva, «levantaron las manos al cielo, bendiciendo al Señor que por una coincidencia maravillosa había permitido al padre y al hijo triunfar de sus enemigos, precisamente en el momento mismo (3).»

III.—Batalla de Bouvines (4)

En los últimos días del mes de julio de 1214, Otón de Brunswick había llegado á Valenciennes con las tropas de la coalición, ochenta mil hombres, entre los cuales se contaban mil quinientos caballeros. Contaba todavía con quinientos caballeros y sobre un número considerable de peones, esperados de Lorena y Alemania. Felipe Augusto con veinticinco mil hombres y quinientos caballeros se había establecido en Péronne (5).

(1) El Menestral de Reims lo dice en estos términos: «Y este mismo día (el de la victoria de Felipe Augusto) el señor Luis triunfaba del rey Juan en la batalla de la Roche-au-Moine en Poitou.»

(2) Crónica inédita contenida en el manuscrito 553 que se guarda en la Biblioteca Mazarina (folio 373). Está escrita en latín y sirve de introducción á la crónica de Carlos VI. redactada por un religioso de Saint-Denis.

(3) Justamente en el momento del encuentro debió Felipe Augusto echar los fundamentos de la célebre abadía de la Victoria, donde hay una estatua que le representa de rodillas, las manos juntas, dando gracias por esta doble victoria.

(4) FUENTES.—Las principales son: La *Chronique en prose* y la *Philippide* de Guillermo *el Bretón*, el *Anonyme de Béthune*, la *Chronique rimée* de Felipe Mousket (edición Reiffenberg).

OBRAS DE CONSULTA.—Lebon, *Mémoire sur la bataille de Bouvines en 1214*, 1835. L. Delisle, *Fragment relatif à la bataille de Bouvines*, en las «Notices et extraits des manuscrits,» tomo XXXIV. Winkelmann, *Geschichte Kaiser Friedrichs II*, tomo I, 1864. El mismo, *Philipp von Schwaben und Otto IV*, tomo II, 1878. Hortschansky, *Die Schlacht an der Brücke von Bouvines*, 1883. Köhler, *Die Entwicklung des Kriegswesens und der Kriegführung an der Ritterzeit*, tomo I, 1886. *Die Schlacht Bouvines*. Delpech, *La tactique au XIII^e siècle*, tomo I, 1886.

(5) Los cronistas contemporáneos no están de acuerdo, naturalmente, sobre el número de los combatientes. Alemanes é ingleses quieren, al contrario de los franceses, que el vencedor sea superior en fuerza. Los modernos historiadores, según el país á que pertenecen, se inclinan por una ó por otra opinión. Nos parece que el ejército francés era menos numeroso, ya por la caballería feudal, ya por el número total de combatientes, que el ejército de los coligados. Nosotros adoptamos las cifras dadas por M. Delpech, que las demuestra con numerosos datos y el cual nos parece tener más razón que el general Köhler, sin embargo de sobrepujar el sabio francés el punto medio, con el afán de precisar demasiado, y el abuso de deducciones ingeniosas y de cálculos fundados en conjeturas más ó menos plausibles.

El terreno en que debían maniobrar los beligerantes, surcado por el Escalda, el Scarpe, el Marcq y el Deule, comprendido entre las cuatro villas de Peronne, Valenciennes, Tournai y Lilla, no tenía en los comienzos del siglo XIII el aspecto de ahora. Imaginaos de Saint-Amant á Lilla un bosque casi continuo de inmensos espacios de hornagueros, con una vegetación lacustre, corrientes de agua que se perdían inútilmente en pantanos, y entremedias raras ciudades, poca cultura, caminos poco numerosos y en la mayor parte antiguas vías romanas, que los habitantes sólo cuidaban de reparar. Entre Tournai y Lilla la comarca estaba en gran parte sumergida debajo del agua. Los pantanos que la cubrían al Oeste, al Norte y al Este, emergían sobre la meseta de Bouvines, de unos diez ó veinte metros de altura sobre el llano. En los tiempos de Felipe Augusto estaba ya desbrozado y cubierto de campos de trigo. La tierra amarilla y rojiza, de arcilla ocre, era muy resistente en los tiempos secos, y era uno de los pocos espacios en que la caballería podía desplegarse. Cerca de las ciudades de Cisoing y de Bouvines, al Oeste, se eleva la meseta, y esta parte eminente vendrá á ser el teatro de la batalla. Para ir de Tournai á Lilla, el camino directo (el único que existía en 1214) era la vía romana que atravesaba los pantanos del Marcq, sobre una alta calzada que finalizaba por un estrecho puente cerca de la ciudad de Bouvines. La corriente del agua era casi inabordable en todo tiempo, y sobre todo en la estación de las lluvias.

Los imperiales encerrados en Valenciennes, detrás de los pantanos del Escalda y del Scarpe, estaban á la defensiva esperando completarse. La nueva del desastre de la Roche-au-Moine y la seguridad de que el ejército del Sur no podía reunírseles les habían desorientado un tanto. Felipe Augusto tenía interés en no esperar que sus enemigos fueran socorridos por los rezagados de la Lorena y de la Alemania; por consiguiente, resolvió salir al encuentro de Otón, no por el camino más corto, sino haciendo un rodeo por el de Bouvines y Tournai.

Este movimiento era atrevido hasta la imprudencia, pero tenía la ventaja de cortar á los imperiales sus relaciones con el Flandes marítimo y con Inglaterra. El rey de Francia debía sorprender á su adversario por un ataque brusco viniendo del Norte, es decir, por el lado en que el emperador se creía más seguro. Finalmente, Cambrai y Cambresis, países del imperio, no pertenecían á Felipe Augusto, mientras Douai, Lilla y Tournai con su obispo, cada vez más francés que flamenco, le obedecían. Por todo este camino los franceses encontraban caseríos, haciendas y medios de aprovisionarse y de vivir. El 23 de julio salió Felipe Augusto de Péronne en dirección á Douai. Tres días después, habiendo atravesado el puente del Marcq en Bouvines, se había establecido en Tournai, pronto á tomar al enemigo por la espalda. Advertido Otón, sin embargo, había abandonado Valenciennes para establecerse sobre Mortagne, en la confluencia del Scarpe y del Escalda, donde ocupó una posición casi inabordable, cubierta por los pantanos de las dos riberas, y que le hacía señor de la vía romana ó camino de Brunehaut, que conducía de Bavai á Tournai, único pasaje practicable entre el Escalda y la selva de Charbonnière. Sólo separaba á ambos ejércitos un espacio de quince kilómetros (26 de julio).

El enemigo se mantenía á la defensiva; si le atacaban, la acción se daría en condiciones más favorables para la infantería que para la caballería, hecho á propósito porque la infantería anglo-flamenca era la principal fuerza del ejército de los aliados. Muy difícil era á los franceses tomar la ofensiva y asaltar Mortagne, punto menos que inaccesible. Y tampoco podían permanecer en Tournai, que había sido desmantelada en la reciente guerra de Flandes. En caso de replegarse sobre Lilla, tenían que pasar de nuevo el Marcq por el puente de Bouvines, lugar muy peligroso. De manera que, cualquiera que fuese la resolución que adoptase, la situación de Felipe Augusto era muy grave.

«Al saber Fernando y los suyos, dice la *Crónica de Flandes*, que el rey estaba en Tournai, fueron en su busca, pues creyeron que le tenían en la ratonera.» Guillermo *el Bretón* nos cuenta que los imperiales se aprovisionaban de cuerdas y correas para atar á los franceses que harían prisioneros. Reunió Otón á los principales jefes de su ejército, junto con Fernando y con Renato de Boulogne. «Felipe, les dijo, ya está vencido de antemano. Así lo que será menester es que los soldados pongan todo su esfuerzo en apoderarse de la persona del rey. Cuando esté prisionero y luego muerto, Renato alcanzará Péronne y Vermandois; Fernando, París; Hugo de Boves, Beauvais; Salisbury, el país de Dreux; Conrado de Dortmund, Mantes y Vexin; Gerardo de Randerath, Chateau-Landón y Gatinais; Hervé de Donzi, Montargis y Sens. ¡Felipe, el defensor de la Iglesia, es el rey de los clérigos! Se reducirá el número de presbíteros, inútiles á la sociedad, de estos ociosos que poseen tierras y dinero, de estos vagabundos á quienes el abuso de la comida abundante hace engordar, lamentándoseles la barriga de tanta gordura. Estos caballeros heredarán las tierras y los bienes de la Iglesia; á los clérigos ya les bastará el producto de las ofrendas.» De esta manera hace hablar Guillermo *el Bretón* al excomulgado emperador (1).

Grande era el sobresalto que había en Tournai. Felipe pensó en seguida marchar hacia Mortagne y probar fortuna. Pero Enrique, duque de Brabante, yerno del rey de Francia, le hizo saber secretamente lo que había pasado en el consejo de los aliados. Dióle reseña detallada acerca del terreno y caminos que separaban á los franceses de los imperiales, país inundado, lleno de pantanos recubiertos de juncos espinosos, impracticable por carros y caballos. Los barones de Francia opinaron que valía más replegarse sobre Lilla y Cambresis, donde se encontrarían llanuras descubiertas, favorables á la caballería. Felipe convino con la opinión de los barones. «Que combatan los teutones á pie; vosotros, hijos de la Galia, pelead siempre á caballo. Vuelvan sus pasos nuestros abanderados; partamos hacia la otra parte de Bouvines para ganar los llanos de Cambrai, donde nos será más fácil marchar contra el enemigo.» Convino que á la mañana siguiente (27 de julio) el ejército francés evacuaría Tournai y se retiraría por el único camino que iba de Tournai á Lilla, la vía romana que conducía pri-

(1) Él mismo dijo que después de la batalla algunos jefes del partido vencido hicieron algunas revelaciones «contando á los franceses todo lo que habían visto ó oído.» De acuerdo con otras fuentes, asegura que Felipe Augusto tenía relaciones con las gentes que rodeaban á Otón.

mero al puente del Marcq, de allí á Hotellerie y después á Seclín. Se ha creído que esta retirada había sido un hábil engaño para obligar al emperador á salir de sus posiciones y dar la batalla á los franceses en terreno á propósito para jugar su caballería. Pero nada más lejos del ánimo del rey de Francia que este profundo cálculo para atraer á los imperiales á Bouvines y luego caer sobre ellos en momento oportuno (1).

En la mañana del 27 empezó Felipe la marcha hacia Lilla, con muy buen orden y preparado para resistir cualquier eventualidad. Caminaba la infantería por delante de los bagajes, y á retaguardia iban los vasallos del conde de Champaña y del duque de Borgoña. No temían los franceses un ataque por parte de los aliados y menos en aquel día, el 27 de julio, que era domingo y ordinariamente no se batallaba en día festivo.

Advertido Otón por sus espías, convocó un nuevo consejo de guerra. Estaba persuadido de que los enemigos habían huído. Todos los jefes de su ejército fueron de la opinión de que debía atacarse á los franceses antes que hubiesen franqueado el Marcq. Únicamente Renato de Boulogne propuso que se retardase el ataque hasta la ocasión oportuna. «Conozco, dijo, á los franceses y sé lo audaces que son. Estáis en grave error al creer que ellos han huído. Por lo tanto, es una imprudencia ir á combatirlos en terreno abierto; los encontréis preparados y muy dispuestos á dar la batalla. Contentémonos por hoy con espiar sus movimientos, y cuando llegue el momento, caigamos sobre ellos de improviso.» Pero Hugo de Boves declaró que dejar escapar al rey de Francia, cuando se le podía fácilmente coger en su huída, era una gran traición á Juan *Sin Tierra*. Replicó el conde de Boulogne, enojado en alto grado, que ya se vería á la hora del combate, quiénes eran los tímidos y los traidores. Nadie le hizo caso. «De haber continuado en su oposición al parecer de todos, dice Guillermo *el Bretón*, seguramente el emperador le hubiese mandado arrestar.»

Los aliados abandonaron Mortagne, en la misma mañana en que partió Felipe Augusto de Tournai, tomaron el antiguo camino de Bavai, por Willemaut, y fueron siguiendo al ejército francés. Caminaban á marchas forzadas y en completo desorden, «como el cazador va en busca de la caza (2).»

Por aquel tiempo el calor era extremado; estaban en plena canícula. Felipe marchaba con los suyos muy lentamente. El vizconde de Melun y el hermano Guerin, que iban separados del camino á manera de exploradores, hacia la parte de Mortagne, advirtieron que los imperiales se habían puesto en marcha. El ejército francés se hallaba á un poco más del tercio de la distancia que hay entre Tournai y Bouvines. Advertido Felipe por Guerin, reunió su consejo. ¿Convenía atacar al

enemigo é intentar rechazarlo hacia los pantanos del Escalda, ó sería mejor seguir el avance hacia Lilla? Guerin pidió que se empezase la lucha allí mismo, pero la mayoría de los barones franceses fueron de parecer opuesto. Lo mejor sería adelantarse hacia Bouvines y aplazar la batalla hasta el día siguiente; quizá el enemigo no querría violar el santo descanso del domingo. De esta manera la posición de Bouvines sería buena, pues ofrecía una vasta llanura, entre Sainghin y Cisoing, muy favorable para la caballería, y también podrían colocarse los bagajes fuera de peligro en la otra orilla del Marcq, con la cual únicamente se comunicaba por un puente de muy fácil defensa.

Fué esta la opinión que prevaleció, sobre todo cuando se supo, gracias á nuevos exploradores, que el emperador parecía que se dirigía únicamente hacia Tournai. Por causa de las asperezas del terreno las numerosas huestes enemigas veíanse obligadas á marchar por el Norte, perpendicularmente al ejército francés, á fin de verificar luego, en el momento de pasar el arroyo de Barge, un movimiento hacia la izquierda. Engañados por esta falsa marcha, continuaron los franceses hacia Bouvines, á pesar de las reiteradas protestas del hermano Guerin, el único que comprendió la maniobra de Otón.

Llegó el mediodía. La infantería de los municipios franceses, con la bandera de San Dionisio y los bagajes, habían franqueado el Marcq y llegado al sitio conocido por la Hostería, en el camino de Lilla. Por orden de Felipe se había extendido un puente, y la mayor parte de sus tropas pasaron á la orilla izquierda del río. Luego que terminó esta operación, el rey, fatigado y muy molestado por el calor, quitóse la armadura y sentóse para descansar á la sombra de un Fresno cercano á la ermita de San Pedro de Bouvines. «Comía en una copa de oro finísimo, dice el cronista Felipe Mousket, una sopa con vino, y el calor era muy fuerte.» De golpe vió llegar al hermano Guerin, que le participó que no sólo el enemigo se aproximaba, sino que la retaguardia francesa luchaba ya con la vanguardia de los coligados. «Llegó el hermano Guerin cerca del rey y le encuentra comiendo reposadamente pan y vino. «¿Qué hacéis, le pregunta?—Pues mirad, repuso el rey, como.—Ya está bien, dijo el hermano Guerin; pero ahora mejor será que os arméis, pues muy cerca de allá bajo (los enemigos) (3) no quieren de ninguna manera aplazar la batalla hasta mañana. Os van á sorprender. Vedlos allí que avanzan hacia nosotros.» Según Felipe Mousket, no fué Guerin, sino Gerardo de la Truie el que avisó el peligro al rey de Francia. «Truie, dijo el rey, Dios os salve; ¿qué hacen los flamencos? ¿Adelantan?—Señor, Dios os guarde de peligro, dijo la Truie; armaos en seguida, pues la batalla está cercana. Vedlos que llegan ya ahí cerca de nosotros.» Levantóse prontamente el rey Felipe, entra en la ermita á rezar muy corta oración, monta á caballo, manda orden á los municipios para que retrocedan y repasen el Marcq cuanto antes, ordena que guarde el puente la guardia de su palacio, y él mismo á galope, con el centro de su ejército, toma de nuevo el camino de Tournai.

Los imperiales, para cerrar al ejército francés el paso

(1) Un texto de Guillermo *el Bretón* contradice esta opinión de Delphech. *El Bretón* dice en su *Chronique en prose* que el rey de Francia tenía intención de atacar á Hainaut y al ejército imperial por otro sitio, por Cambrai; y añade en su *Philippide*, que el mismo día 27 de julio quería ir á dormir en Lilla. No esperaba, pues, que los coligados le saliesen al encuentro en el Marcq. «No sabía que el emperador estuviese decidido á elegir Mortagne, ni podía creer (*nec credere sustinebat*) que se lanzase á su persecución.»

(2) «Comme s'ils courussent pour proie rescorre,» dice el *Anonyme de Bethune*.

(3) *Anonyme de Bethune*.